

A partir de *Contemplação de Ouro Preto*, Murilo Mendes recuperará el horizonte externo, ambiental, en un sentido concreto. La estructura del mundo objetivo, medularmente barroca, se ha vuelto comprensible y, con ella, la propia subjetividad, que ya no constituye su antítesis puesto que puede reconocer, en aquella estructura, la suya propia. En otras palabras: lo objetivo deja de contraponerse a lo subjetivo para pasar a constituir su materialización formal inteligible. No debe olvidarse que, hasta el 50, el universo propuesto por Murilo Mendes encontraba en la *disolución* de las fronteras entre lo subjetivo y lo objetivo, su rasgo constitucional característico. Ahora, en cambio, las propuestas puramente antinómicas irán cediendo cada vez más. Al reflejar en sus textos la configuración barroca del mundo que lo rodea, el poeta encuentra una nueva senda de acceso a la subjetividad. Ésta ya no consistirá en un *ámbito interior* sino en una *experiencia relacional*, en una modalidad vincular entablada entre la persona y todo lo que no es ella. El *sí mismo* de cada uno no puede ser otra cosa que el modo de encarar y entender lo que *no es* cada uno. Murilo Mendes logra así, finalmente, reunir sus muchas almas dispersas. El lenguaje lírico, encarnación privilegiada de ese estilo relacional, pasará a ser, desde este momento, manifestación de una antítesis resuelta por el escritor: ganará concisión, se desprenderá de las referencias al Yo biográfico y adquirirá la rotunda solidez del verso clásico.

No conviene, sin embargo, homologar la supresión de la temática del Yo a la extinción de las inquietudes exploratorias de la conciencia que, hasta mediados del siglo, merecieran tanta atención por parte de Murilo Mendes. Se trata, más bien, de una transformación de orden epistemológico que, repercutiendo en su concepción de la poesía, impulsó al autor *mineiro* a nutrir su palabra en las formas objetivas que reviste esa condición dual y ambivalente de la que el sujeto no es sino una de las tantas manifestaciones.

Murilo Mendes, en suma, ha encontrado en un amplio repertorio de objetos circundantes, los símbolos adecuados para expresar su nueva concepción de la subjetividad. Ese es el sentido medular que, a mi juicio, tiene Europa en su poesía: es el espacio espiritual y físico que lo ha provisto de metáforas hasta ese momento inusuales en su obra; e inusuales, precisamente, porque responden a una idea del hombre que, antes de 1950, no se había consolidado como síntesis.

De modo que este progresivo vuelco hacia lo exterior debe entenderse como una refundación crítica de la interioridad que, radicalmente redefinida, vuelve a convertirse en un terreno de factible indagación poética.

Todo esto se ve confirmado por la publicación de *Siciliana*. Se trata de una serie de poemas compuestos entre los años 54 y 55, y aparecidos en Palermo, Italia, en edición bilingüe, en 1959. Es notoria, en este libro, la decisión de acceder a lo interior a través de la descripción de sensaciones visuales. La observación y el registro del contexto dictan su palabra al poeta y éste brinda la esencia del hombre que escribe, ya no como tema expreso ni como repertorio de impresiones emocionales suscitadas por el paisaje, sino como articulación estilística del sentido espiritual de un orden material dado.

Quién nos domará la fuerza vana,  
 quién nos sofocará el instinto  
 para que permanezcamos  
 de conformidad con la línea del cielo,

con estas columnas perennes,  
y el oculto mar abajo.  
Quién nos transformará en hoja  
o en el súbito lagarto  
que se escurre bajo tus piedras,  
templo F, sereno templo F,  
arquitectura de reserva y paz.  
Transformarse o no, ésa es la cuestión.  
Durar en la zona límite de la memoria,  
en los limbos de la voluntad,  
o someter la piedra, cumplir el rudo oficio,  
aprender del labrador y del soldado.  
¿Cuál es la forma del poeta? ¿Cuál su rito?  
¿Cuál su arquitectura?  
Mudo, entre capiteles y cactus  
subsiste el oráculo.  
La mañana dora la piedra y vagos nombres,  
Agrigento me contempla y parto.

(*Meditação de Agrigento*)

Es decir, que Mendes verifica, cada vez con mayor firmeza, que el discurso del Yo interior, de neto corte romántico, no sólo puede soslayarse mediante la asunción lírica de la crisis de la subjetividad moderna, sino que, además, puede suprimirse como instancia literaria cuando se descubre que él no implica, necesariamente, *más verdad* con respecto al sujeto que el discurso de intención analítico-descriptiva de las vivencias suscitadas por los objetos externos.

Desde esta última perspectiva, la realidad literaria del Yo será deudora de aquel lenguaje capaz de integrar en una forma elocutiva certera sus posibles antinomias. La palabra creadora funda al sujeto, lo concreta, apenas sepa preservar la esencial supremacía de sus tensiones por sobre la ilusión de unidad no contradictoria.

De este modo, el enunciado poético se perfila como acto fundacional en el doble sentido de configurador del hombre y del objeto por él designado: *Toda palabra es adánica* —nos dijo el poeta—/ *nombra al hombre que nombra la palabra*.

La de Murilo Mendes llega a ser, pues, una poética de los datos sensoriales; una poética dispuesta a verbalizar no lo que un hombre siente cuando se mira, sino lo que siente cuando se ve a través de cuanto lo rodea. La abolición, en su obra, de la poética del Yo debe entenderse como superación de la lírica de la interioridad en conflicto con la exterioridad, en favor de una integración o correspondencia de ambas partes en una totalidad que resulta armónica a base de tensiones nunca resueltas y siempre en equilibrio. La poesía, para este hombre, es el lenguaje en que se cumple esta encrespada comunión de opuestos.

En Lisboa, y aún en 1959, Murilo Mendes dio a conocer su libro *Tempo Espanhol*, que prolonga y consolida la propuesta de *Siciliana*. La austera precisión del lenguaje, seco y tenso, incursiona en lo político y en la constante actualidad de lo histórico, ampliando, esta vez dentro de la Península Ibérica, los buceos ambientales y afinando todavía más, en la ejecución de cada poema, sus nuevas propuestas estéticas. Lo pictórico y visual son, en este sentido, el indispensable punto de partida: un objeto es recogido por la voz del poeta, que lo desarticula primero en sus elementos para reordenarlo luego como hecho dramático en un todo que nos lo ofrece cargado de relevancia ética y de

unción lírica. La mutación sufrida entonces por cada cosa puede caracterizarse como tránsito que va de la intrascendente unidad significativa que reviste para el ojo anclado en la costumbre, a la relevante multiplicidad semántica que gana en virtud del vínculo polémico, especulativo y cordialmente crítico que con él entabla el escritor mediante su trabajo. El incesante dinamismo significativo del objeto es desatado por el poema que más que remitirnos de vuelta al fenómeno exterior que lo desencadena, nos sumerge en la percepción como espacio privilegiado para el acceso al sentido de la realidad objetiva.

De este toro de mimbre, construcción de Mallorca,  
sólo resta la cabeza, altiva.  
Conducido por fenicios y cartagineses  
el toro vino de antiguas tierras trabajadas.  
Primero fue celtíbero, hoy es español.  
Entre él y el hombre subsiste  
la secreta connivencia del rito.  
Ahora se fijó en la pared,  
vuelto conciso  
por un artesano geómetra.  
El español cree en él, lo mata bailando  
en el tiempo del sueño de la arena.  
¿Quién lo mataría despierto?

(*Cabeça de Touro Maiorquina*)

Es en la percepción consciente de sí donde el objeto gana relevancia lírica y donde la realidad, transformada en estilo, expresa al sujeto. Quizás, y finalizando, lo más importante sea reconocer la espléndida lección de este poeta que supo renunciar a los gastados recursos de la introspección sentimental para alcanzar la intimidad. *Convergência*, editado en San Pablo en 1970, parece sellar, con esta convicción, la extensa trayectoria de Murilo Mendes. Se trata, en efecto, de un libro de clara intención conclusiva, donde la tendencia al empleo de un lenguaje sustantivo, ya notoria en las páginas de *Siciliana* y *Tempo Espanhol*, se vuelve predominante.

Los años han desdibujado enteramente al Yo biográfico y con él nada más tiene que ver el sujeto lírico, productor y protagonista del poema. Han sido superadas las modalidades discursivas de las dos primeras décadas proclives a los contrastes muy marcados y al tono nervioso y convulsivo. La poesía de Murilo Mendes nacida en Europa denota, mediante su nueva textura de creciente contención tonal y contrapuntos menos estridentes, la presencia de un artista que ha sabido resolver el problema planteado por la necesidad de integrar, en la obra literaria, dos de las nociones primordiales de la identidad occidental: unidad y multiplicidad.

Santiago Kovadloff

